

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE UN ENREDO DE BARRABAS, QUE HIZO EL MAL DIMOÑO PARA
ACABAR DE REMATAR Á FRAY GERUNDIO.

HABRÁ notado acaso el muy crítico y muy curioso Lector (y tambien es muy natural que no lo haya notado), que la division y comenzamiento de este libro tercero, no está segun arte; porque, habiendo acabado el primero con las niñeces, primeras letras y estudios pueriles de nuestro incomparable Fray Gerundio, hasta dejarle en el noviciado con el hábito de la religion, parecia que el segundo libro se habia de cerrar con los estudios, pocos ó muchos que tuvo en ella, y que debiera comenzar el tercero desde que se halló ya sacerdote de misa, y con el nombramiento de predicador sabatino; por quanto el nuevo estado, y así mismo el nuevo empleo, eran una época de su vida, natural, oportuna y propia para esta tercera division. De donde acaso el mismo lector querrá poner pleito al pobre libro segundo, sobre su capítulo dé-

cimo, diciendo que este toca de justicia al libro tercero, y que ha sido usurpacion y tiranía privarse de él.

2. Yo no juraré, que no tenga vislumbres ó apariencias de razon el que hiciere este reparo. Pero sobre que hasta ahora nõ se ha publicado alguna pragmática-sancion, que dé reglas fijas, ciertas y universales para el amojonamiento, término, límites ni cotos de los párrafos, capítulos ni libros; pues hasta en las lindes de los puntos, que son más necesarias, para que no haya pleitos en la jurisdiccion é inteligencia de las cláusulas, sabe Dios y todo el mundo los trabajos que hay, por no haberse recibido alguna ley obligatoria, que ligue y cause entero perjuicio á los escritores y á los escribientes: como esta costumbre de la division de capítulos y libros, dicen que se ha introducido en el mundo literario, para que descansen y tomen huelgo, así los que escriben, como los que leen; en asegurando yo, que no me cansé, hasta que dejé á Fray Gerundio, no solo con el título de predicador sabatino, sinó con los primeros crepúsculos de la instruccion del padre maestro Prudencio, paréceme que por lo que á mí toca, tapé la boca al crítico reparador. Si mis lectores se cansaron ántes, eso no debe ser de mi cuenta. ¿Quítoles yo por ventura, que cierren el libro cuando les diere la gana, y se echen á dormir hasta que despierten, con lo cual, no solo dividirán, sinó que podrán hacer gigote los capítulos y los libros, siempre y cuando les pareciere puesto en razon?

3. Pero me dirán, que aunque no hay ley escrita, que arregle estas divisiones, las regla, y como que las dicta la misma ley natural, esto es, el sindére-

sis y, la razon de los escritores metódicos, claros y de buena economía. A eso respondo, que en esto de *sindéresis* y de razon natural cada cual tiene la que Dios le dió, y que los entendimientos son tan diferentes como las caras. A tal le parece, que escribe, y que habla con el mejor método del mundo, y al otro que le lee ó que le oye, le parece un eterno embrollador, y una confusion de confusiones. Vaya un ejemplo. Díganle al autor del *verdadero método de estudiar*, que es un embolismo todo lo que escribe; que en muchas partes apénas se perciben las reglas prácticas que da, y que las que se perciben, ó es imposible ó sumamente dificultoso practicarlas, y consiguientemente, que por ellas ninguna facultad se aprenderá. Se espiritará de cólera, se pelará las barbas al quitar, con que quiso engalanarse, y á cualquiera que le vaya con esta embajada, le dará una rociada de *parvoices*, de *ridicularias*, y de *crasas ignoranzas*, con que le haga retirar más que de paso.

4. Vaya otro ejemplo. No ha muchos años, que cierto cirujano latino (asi decia el que lo era), hombre bonísimo, imprimió un libro con este título: *Método racional, y gobierno quirúrgico para la curacion de los sabañones*. Quién no creeria, segun el epigrafe de la obra, que esta se reducía á dar reglas prácticas y metódicas para curar estas bachillerías de la sangre, que dan tan malos ratos á la gente de poca edad y tal vez á hombres barbudos y aún canosos? Pues no señor, de los trece capítulos, á que se reduce todo el librete, solo el último tiene algun *tastillo* de metódico ó de práctico; los otros doce, sobre ser impertinentísimos para el asunto, tienen tanto de mé-

tudo y de gobierno quirurgico, como de oportunidad. Empeñóse en hacérselo conocer al autor un tal Juan de la Encina, escritor desalmado de tres cartas, asaz bien escritas, en que esgrimió sobre las costillas del pobre cirujano toda la pujanza de su postizo apellido; y aunque con efecto le hizo evidencia, de que el nombre de *Método* solo podia ponérsele á la obrilla por mote ó por antifrasis, el bonazo del autor se fué á la otra vida muy persuadido, de que no se habia escrito en esta cosa más metódica ni más gubernativa. Vengansenos ustedes ahora, con que el *sindéresis* y la razon natural dictan á cada autor el método que debe observar en el económico repartimiento de sus escritos.

5. Pero al fin; ¿qué nos estamos quebrando la cabeza? Note el curioso lector, que en el primer párrafo ó número del capítulo último del libro antecedente, quedó nuestro Fray Gerundio presbítero *in facie Ecclesiae*, y predicador sabatino en toda propiedad, y respóndame en Dios y en su conciencia á esta preguntilla. ¿Sería bien parecido, que aquel capítulo no se compusiese más que de un solo párrafo, y que se presentase en el libro como un capitulillo de teta ó de miniatura, siendo así, que los otros pueden pasar por capítulos generales, aunque sean de la religion más numerosa, por la multitud de especies, y de números que concurren á componerlos? Haga justicia el prudente y *equitativo* lector y si en medio de eso no me concediere la razon, *pacencia*, *Calros*, *pacencia*.

6. Hecha esta digresion tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos á atar el hilo de

nuestra historia. Es tradicion de padres á hijos, que estaban acabando de comer, el maestro Prudencio y nuestro Fray Gerundio, por señas que les servian de postre unos caracoles de alcorza, y algunas bellotas de mazapan, con que habia regalado al padre maestro cierta monja de la órden, confesada suya, cuando comenzaron á llamar con grande fuerza á la puerta de la Granja. Salió al ruido de los golpes el lego, que cuidaba de ella, y encontróse (¡quién tal imaginara!) no ménos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable Fray Blas y con un Labrador guedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venia en su compañía; caballero, el padre predicador en un rocín acemilado, tordo, sutil, zanqui-largo y ojeroso; y montado el paisano en un pollinejo rucio, aparrado, estrecho de ancas, rollizo, oreji-vivo y andador. Era el caso, que en una aldea presumida de lugar, dos leguas distante de la Granja, que se llamaba antiguamente Jaca la Chica, y ahora, ó porque se corrompió el vocablo ó por reducir á una sola voz el diminutivo se llama Jacarilla, habia fundado pocos años ántes una cofradía, dedicada á Santa Orosia, el cura del lugar, que era aragonés y muy devoto de la Santa. El mayordomo de aquel año, que era el Labrador que venia acompañando á Fray Blas, le habia echado el sermón; y aunque éste no valia más que quince reales, dos libras de turrón y un frasco de vino de la tierra, Fray Blas le habia admitido; porque en materia de sermones llevaba la opinion de los mercaderes, que muchos pocos hacen un mucho, y recibir á todo pecador como viniere. Algo se rodeaba por la Granja; pero por comer en casa

de la órden, y sobre todo por ver Fray Blas á su querido Fray Gerundio, aunque habia tan poco tiempo que se habian separado, quiso hacer este rodeo.

7. Tanto como se alegró Fray Gerundio con la vista de su amigo, tanto sintió el maestro Prudencio aquella importuna visita, temiendo que si los dejaba hablar á los dos á solas, echaria á perder el aturdidido del predicador todo lo que á su modo de entender habia adelantado él por la mañana. Hizo, pues, ánimo á no perderlos un punto de vista hasta que marchase Fray Blas, suponiendo que lo haria despues de comer; y para que lo ejecutase cuanto ántes, dió órden al lego para que los calentase á toda prisa lo que habia sobrado de la comida, añadiendo algunos torreznos fritos, que es el agua de socorro para huéspedes repentinos, cuando llegan al levantar de los manteles.

8. Mientras se aderezaba la comida, no los divirtió poco el Labrador, que aunque záfio de explicaderas, grosero de persona, y no muy delicado de crianza, era bastante ladino, y un si es no es socarrón. Ya sabia que el maestro Fray Prudencio era hombre de mucho respeto en la órden, porque se lo habia prevenido Fray Blas en el camino; y así, luego que entró en la sala donde estaba, le hizo una grande reverencia, escarbando hácia atrás con el pié y pierna izquierda, tanto, que faltó poco para hincar una rodilla, pero sin quitarse el monteron perdurable, que tenia calado hasta las cejas, y saludando al maestro, le dijo: *Tenga su Eternidad guenas tardes, endísimo padre Fray maestro, y guen provecho haga su esencia: prega á Dios que todo se le convierta en*

unjunidia; y diciendo y haciendo, sin esperar á que nadie se lo rogase, echó mano de uno de los vasos de vino que estaban sobre la mesa en una salvilla para echar á la que llaman de San Vitoriano, y con despejo patanal añadió sin detenerse: *A la salud de su Trinidad muy raborenda, y tambien á la de mi padre predicador Fray Bras, que es la frol de los predicadores de chapa, y tambien á la de ese flayre mozico, que mal año para quien me quiera mal, si no tiene pergeño de ser con el tiempo otro padre Flay Bras; y tambien á la de mi amigo el padre Granjero Flay Grigorio, que aunque nos es de misa, tampoco lo fué su padre, Dios le bendiga; pero en una feria de carneros, que se venga á emparejar con él un atajo de padres presentados; porque por fin y por postre, de todo se sirve Dios.* Acabada esta letanía, echóse á pechos el vaso, que era de mediano portante, y bolicándole boca abajo sobre la salvilla, él se dejó caer en un banco, repantigándose en él con mucha autoridad.

9. Cayó muy en gracia al bueno del maestro Prudencio toda esta introduccion, y como era de génio bondadoso y tan apacible, le dijo con mucho agrado: *Buen provecho, tio: ¿cómo se llama?* Bastian Borrego, para servir á su ausencia, respondió el labrador (y al decir esto, hizo ademán de levantarse un poco la montera.) Por muchos años, en vida y salud de su mujer y de sus hijos, si los tiene, continuó Fray Prudencio. *Y como unas froles, aunque parezca mal que yo lo diga,* replicó el tio Bastian, *especialmente uno que tengo vestido con el habitico de San Juan de Dios, de estos que llaman flayres gaspachos, déjelo su*

usandísima, eso es bobada; con que el tio Bastian, prosiguió el padre maestro, *¿es mayordomo de Santa Orosia?* Y tambien lo jul, respondió Borrego, *de la cofradia del Santísimo, y serví la de la Cruz y la de las Animas, y agora solo me falta, que me echen á cuestras la de San Roque, que no dejarán de hacerlo, porque para los probes se hicieron los trebajos.* Segun eso, tiene por trabajo el servir á los Santos, replicó el padre maestro. *A los Santos, padre nuestro, gueno es servilos; pero el caso es, que segun mi corto maginamiento, en estas mayordomías de mis pecados se sirve poco á los santos y mucho á los cofrades.* Y sino dígame su Reverencia: *¿Se servirá mucho á los santos, en que un probe como yo, gaste en cada una de estas mayordomías sesenta reales en vino, veinte en tortada, diez en avellanas, todo para dar la caridad á los cofrades, sin contar la cera ni la comida á los señores sacerdotes, ni la limosna del padre predicador, que todo junto hace subir la roncha á más de ciento y veinte reales? Ya la cera, la limosna del sermon, y aunque digamos tambien la comida de los curas pase, porque todo esto parece cosa de Iglesia; pero el vino de los cofrades, que hay hombre que se mama dos cuartillas, la tortada y las avellanas para yesca; y añada su Trinidad, el baile por la tarde á la puerta del mayordomo, que dura hasta muy entrada la noche, y más si toca el tamboritero el son, que se llama el espanta-pulgas. ¿Querráme decir su Usandísima, que de esto se sirve Dios ni los santos?*

10. De eso no creeré yo, que se sirvan mucho, respondió Fray Prudencio, y por lo mismo estoy tambien mal con ello. Pero si el tio Bastian conoce; que

las mayordomías y las cofradías se vienen á reducir á esas borracheras; ¿para qué entra en ellas? *Para qué entra en ellas; ¡guena pregunta! Bien se conoce, que su Ausencia está metido allá con sus libros, y no sabe lo que pasa en el mundo. Padre nuestro, en los lugares es preciso entrar en todas las cofradías, porque es preciso, y no digo más, que al guen entendedor, pocas palabras. Jucra de esta razon, que pesa un quintal; viene un Flayre, y pondera tanto las indulgencias de una cofradía; viene otro y perdica tantas cosas sobre los sufragios, que hace la otra por sus defuntos, qui si un hombre no los cree, le llevan; ¿qué sé yo á dónde? y si los cree y no lo hace, le tienen por judío.*

11. Pero aunque entre en las cofradías, replicó Fray Prudencio, no le pueden obligar á que sea mayordomo. *¿No me pueden obligar?* respondió el tío Borrego: *Si usa caridad no sabe más de tulgía, que de Cafradías, no trueco mi cencia por toda la suya. ¿Qué razon habrá divina ni humana, para que habiendo yo bebido el vino y comido el turrón de los demás cofrades, no beban y coman ellos el mio? Amen de eso, si entro á la parte de los sufragios y en las indulgencias, tambien tengo á entrar en los gastos; ¿pues qué no hay más que entrar uno cofrade, morir bien ó mal, como Dios le ayudase, irse al pulgatorio, y salir luego de él de mogollon, y como dicen, de bobilis bobilis, sin que le cueste tanto como á cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale mucho cuesta; donde las dán, las toman, y donde no las toman, no las dán.*

12. Pero si el cofrade se va al infierno, replicó

el padre maestro, ¿de qué le sirven los sufragios ni las indulgencias? *Ahora sí, respondió el tío Bastian, que su Eternidad muy Reverenda dió en el punto, y se conoce que es tiólogo. Sin serlo yo, he puesto esa enfecultá á muchos padres perdicadores, y en verdad, que no han sabido desenredarse bien de ella. Las cofradías, que se reducen todas á sufragios y á undulgencias, solo sirven para los que están en gracia; mas para ponerse en ella no sirven, sino que sea por muchos arrudeos. Pues aquí de Dios y del Rey, digo yo ahora; ¿cuánto más valen aquellas cofradías, que llaman conjuraciones? Congregaciones querrá decir, tío Bastian, le interrumpió Fray Prudencio. Su Usandisima no repare en venablos ó en vucablos, prosiguió Bastian Borrego, que en entendiéndonos, nos entendemos, y cada probe estornuda como Dios le ayuda. Digo, ¿que cuánto más valen aquellas conjuraciones ó congrigaciones ó lo que fueren, que obligan á escobijar la concencia, confesando ó comulgando á menudo, como si dijéramos cada mes, ó los días de las fiestas recias, que dan regras para vivir un cristiano honradamente, en las cuales no hay mayordomias ni estos embelecocos ó dimonios de caridades; y que en fin son medios para librarle á un hombre del infierno, que las otras, que lo más más á que tiran es á sacarle á uno del pulgatorio? A eso digo yo, padre nuestro, que una vez metido en el pulgatorio, tarde ó temprano yo soldré de él, pero in inferno mula es en reñtion, y en verdá, que no me han de sacar de él los oficios de ánimas, que hace la cofradía por los cofrades enfunos.*

13. Grandísimo gusto le daba al bueno del padre

maestro la conversacion del tio Bastian, porque en medio de sus charras explicaderas, descubria, que era hombre de humor y de entendimiento. Así pues, deseoso de oirle hablar más, le preguntó, quién habia fundado en Jaca la chica ó en Jacarilla la cofradía de Santa Orosia, porque le parecia cosa extraordinaria; puesto que, aunque habia visto muchas cofradías del Sacramento, de las Ánimas, de San Roque y de San Blas y de algunos otros Santos, pero que de Santa Orosia nunca la habia visto ni oido, atento á que esta Santa, aunque tan grande, era poco conocida en Castilla. *A eso responderé, Esentísimo padre*, dijo el tio Bastian (y á este tiempo tomó un polvo de la caja que á tal punto abrió el padre maestro), *que en cada villa su maravilla, y cada ladron tiene su santo de devocion. El cura de mi lugar es aragonés, nacido y bautizado en la Zuidá de Jaca, que dicen está allá junto á tierra de moros: y de camino quiero que sepa su Ausencia, que no quiere que le llamemos señor Guillen (que este es el apellido de su alcurnia), sino mosen Guillen, porque disqasi susa en su tierra; y al enprencipio cierto que todos nos riamos muchísimo, porque esto de mosen nos olia á cosa de Moisés. No (le interrumpió el padre maestro), es voz muy antigua de la lengua castellana, tomada de la arábiga, para explicar mi señor, y se ha conservado en Aragon, como por distintivo y mayor respeto de los señores sacerdotes. Pues este tal cura (prosiguió el tio Borrego) es un santo (así lo juera yo delante de la cara de Dios), y porque dizque en la Zuidá de Jaca, donde él nació, tienen grandísima devocion con Santa Orosia, que es su Patrona, él tambien se la tiene; y como mi lugar*

se llama Jaca la chica, nos perdicó en un sermon (¡válgame Dios y qué sermon nos perdicó!), que sería gueno, que tuviese la misma Patrona que Jaca la grande, porque Dios y los Santos no reparan en estaturas: y para esto me acuerdo que trajo allá un tiesto de Isabel, cuando unció por Rey á David. Samuel diria el cura, interrumpió el maestro Prudencio. Samuel, ó Isabel, que para lo de Dios todo es uno, prosiguió el tio Borrego, á quien dijo su Magestá, que no mirase en su estatura si era grande ó chica, y luego lo dijo en latin tan craro y tan clavado, que lo entendió hasta la mi Coneja, que así se llama mi mujer Bartola Conejo, para servir á Dios y á su Eternidad. En fin, tantas y tales cosas nos dijo de la gloriosa Santa, que se juntó aquel mismo dia el concejo, y allí encontinenti votamos todos, que habia de ser Patrona del lugar; y de más á más fundamos una cofradía, en que entraron casi todos los vecinos; y por fin y por proste hicimos todos obligacion ante el Fiel de Fechos de hacer todos los años á la bendita Santa una fiesta, que, déjelo señor, no la hay más célebre en toda la redonda: y como digo, cada mayordomo se esmera en traer el perdicador mas famoso de toda la tierra; y así en los tres años cá que se fundó la cofradía, el primero perdicó un padre enfinidor, que se perdía de vista; el sigundo uno de estos padres gordos, que se llaman... que se llaman... válate Dios; ¡cómo se llaman! se llaman padres... padres, es ansina una cosa á manera de gubilete. Padres jubilados, dijo el maestro Prudencio. Si, un padre jibaldado, continuó el tio Borrego, y en verdá que era una águila: Y este año, que es el tercero, y á mi me ha to-

cado ser mayordomo, luego puse los ojos en nuestro padre Fray Bras, porque desde que le oí el sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, al momento le eché el ojo, y dije acá para mi sayo: ya te veo que eres garza, y como yo sirva alguna cofradía, no se me escapará este pájaro.

14. A este tiempo entró el granjero con la comida, y ya le pesaba al maestro Prudencio haberle dado tanta prisa para que los despachase, porque iba tomando grande gusto á la conversacion del tio Bastian. No obstante, como le hacian mayor fuerza los inconvenientes que tenia, de que el predicador mayor y Fray Gerundio hablasen á solas y despacio, llevó adelante su primera idea, de que comiesen presto, y despedir á los huéspedes luego que comiesen; y así dió orden al lego, para que miéntras ellos tomaban un bocado, echase un pienso á las caballerías.

15. Durante la comida, preguntó el padre maestro al tio Borrego, ¿cómo se entendian los predicadores para predicar de una Santa, de quien habia tan pocas noticias en Castilla? A eso, padre nuestro, respondió el tio Bastian, ya nuestro cura da providencia; porque ha de saber su Excelentísima, que le umbiaron de Jaca un rimero de sermones como así (y levantó la mano derecha como media vara), todos imprimidos, que es un pasmo. Parece á ser que estos sermones todos son exemprarles, ó como se llaman, de uno que compuso un Flayré á la señora Santa Orosia, para perdicarle en la Zuidá de Jaca, y que al cabo no le perdicó no sé allá por qué tracamundanas, y corre vé y diles, que de haber habido. En fin el

Flayre, que dicen era hombre encercunstanciado, y de los más guapos perdicadores que habia en aquellas tierras: aunque no perdicó el sermón le imprimió, y porque tiene grande amistad con el señor cura, le umbió el rimero que dize; y el señor cura, luego que sale mayordomo de la cofradía, le da un exemprar, para que se lo entregue al perdicador que nombrare, y le sirva, como dicen, de pautero. Pero á la salud de su ausencia, esentísimo padre, y mojemos la palabra; y echóse á pechos un vaso de á cuartillo.

16. Buen provecho, tio Bastian, respondió el maestro Prudencio, y continuó diciendo: Sin duda que ese sermón debe ser muy especial, y que traerá grandes noticias de Santa Orosia. Yo, padre nuestro, prosiguió el buen Borrego, limpiándose los vigotes y relamiéndose el trago, soy un probe simple, que ne sé leer ni escribir, y no lo entiendo; pero un hijo mio, que es un lince, pues no tiene más que diez y ocho años, y ya anda por proceso, nos le leyó una noche, á la mi Coneja y á mí, y nos pareció que dacia unas cosas muy hondas. Ello es impusible de Dios, que no sea uno de los más estupendisimos sermones, que se han perdicado en el mundo; porque vea usa Trinidad: ¡sobre que anda de letra de molde y se ha emprendido! Pero si su Caridá gusta de leerle, dexé, que yo pediré uno á mosen Guillen, y se le traeré cuando guelva á dexar en su convento á nuestro padre perdicador mayor.

17. No es menester, replicó Fray Blas, que yo daré á V. Paternidad el que me presentó el señor mayordomo, que ahí le traigo en la alforja, porque me embelesa tanto su lectura, que no acierto á de-

jarle de la mano, y de puro leerle, casi le he aprendido de memoria. Es de los grandes sermones que he leído en mi vida. ¿Y toca todas las circunstancias? preguntó entonces Fray Gerundio, Déjame echar un trago á la salud de nuestro padre maestro, y despues te responderé. Bebió Fray Blas otro vaso de vino, que estaba á nivel con el de su mayordomo, limpióse con sosiego y con autoridad, y prosiguió diciendo: ¿que llama si toca todas las circunstancias? No deja una, que no toque. ¿Pero cómo? Toca el sitio donde está fabricada la iglesia de Jaca, toca su escudo de armas, toca el del señor obispo, que era á la sazón, toca el número de los regidores de la ciudad; toca el de las mujeres, que en otro tiempo la defendieron contra los moros; y aunque es verdad, que ninguno oyó el sermón, porque no se predicó; pero como le compuso para que le oyesen, toca el número sin número de los que pudieran oírle; y finalmente toca hasta el de los que llevaban el pálio, que eran ocho. Y todo con unos textos tan oportunos, tan adecuados, y tan literales, que no hay más que pedir, y parecia imposible que ingenio mortal pudiese llegar á tanto. Esto es predicar, ó esto es componer sermones, que todo lo demás es paja. Y casi fuera de sí dió una palmada en la mesa, tan récia, que faltó poco para que vasos, salvilla y jarro diesen en tierra; y lo que es el jarro, asegura un autor fidedigno, que hubiera caído al suelo, á no haberse abrazado prontamente con él, al tiempo de bolcarse, el vigilantísimo Sebastian Borrego.

18. Siglos se le hacian al bendito Fray Gerundio los instantes que tardaba en leer un sermón, que

ponderaba tanto un hombre como el padre Fray Blas, á quien él tenia por el mayor espanta-pueblos que conocian los pulpitos de aquel siglo. Reventando estaba por pedirsele, y ya tenia en el borde de los labios las palabras, cuando le contuvo el respeto del padre maestro, á quien ya el otro se le habia ofrecido; y tambien fué parte para detenerle un poco de miedo que le habia cobrado, hasta saber qué dictámen formaba del tal sermón su Paternidad; y más que le notó no sé qué gestos displicentes, mientras Fray Blas estaba ponderando el primor y la menuencia, con que se tocaban en él todas las circunstancias.

19. Con efecto, al machucho del padre maestro Fray Prudencio le habia disonado tanto esto, que prorrumpió diciendo: aceto el sermón que me ofrece el padre predicador, no más que para divertirme con él, y compadecerme del que le compuso; pues por lo demás, supuesto lo que el padre predicador dice, no necesito leerle para juzgar desde luego, que será un tejido de despropósitos, de disparates y de puerilidades, sin que tenga de sermón más que el título y el tema; ¡sermones de circunstancias y de tales circunstancias! No se ha inventado locura mayor, más torpe, más indigna de la cátedra del Espíritu Santo, ni que más acredite la mala cabeza del predicador, el depravado gusto de los oyentes, y la lastimosa ignorancia que hay en unos y en otros de lo que es verdadera elocuencia. Solo en España se estila esta vergonzosa necedad; y aún en España no se introdujo hasta más de la mitad del siglo pasado, en que comenzaron á profanar el púlpito con estas

ridículas indecencias unos títeres ó unos poetuelas en prosa, á quienes la ignorancia del vulgo aclamó por grandes predicadores. No se me señalará ni un solo sermón de estos que se llaman circunstanciados, que sea de data más antigua. Todas las naciones extranjeras hacen una gran burla de nosotros (y lo peor del caso es, que la tenemos bien merecida) por esta impertinente, loca y pueril extravagancia.

20. Sermón de circunstancias. ¿Pues acaso hay otra circunstancia en el sermón, que la de predicar del Santo, del misterio ó del asunto de que se habla? ¿Qué conexión tiene con las virtudes de Santa Orosia, que la catedral de Jaca esté en este sitio ni en el otro, y se llame así ó asá? ¿Que las armas del obispo sea un león ó un avestruz? ¿Que la iglesia catedral tenga por escudo dos llaves con dos puertas, ó dos arcos sin cerradura? ¿Que los regidores sean nueve ó sean veinte? ¿Que lleven el pábulo ocho ni ochenta? y finalmente; ¿qué arte ni parte tuvo Santa Orosia, ni qué gloria se la sigue, de que las mujeres jaquetanas hubiesen defendido la ciudad contra los moros, cuando esta hazaña sucedió muchos años ántes, que hubiese Santa Orosia en el mundo; conduce nada de esto para formar un gran concepto del mérito de la Santa, una grande idea de su poder, una viva confianza en su protección, ni para alentar á la imitación de sus heroicas virtudes, que es ó debe ser todo el empeño de los sermones panegíricos?

21. ¿Los maestros de la elocuencia Sagrada ni aún profana usaron jamás estas impertinencias? ¿Hállase por ventura ni un remoto rasgo de ellas en los sermones, en las homilias, en los panegíricos de los

Santos Padres? ¿Cicerón y Quintiliano hicieron nunca asuntos de semejantes vagatelas? Si un abogado se introdujese en estrados públicos á hablar en un pleito, haciendo circunstancia de las armas del presidente, de los escudos de los jueces, del dosel de la sala, del artesonado de la pieza, y de otras necesidades semejantes; ¿habría paciencia para dejarle acabar su arenga; y no dispondrían luego que fuese á concluir á los orates? Pues aquí de Dios y de la razón; ¿cómo se sufre esto en los predicadores? ¿Cómo se les aplaude? ¿Cómo se les celebra? ¿Cómo no se convierten en silvos los elogios? ¿Y cómo no vuelan contra ellos los sombreros y las monteras á falta de tronchos? Pero esto era para más despacio, y tampoco es para aquí. Ahora, pues, ustedes han acabado ya de comer, y tienen que andar cinco leguas hasta Jacarilla, Fray Gregorio saca las caballerías; Fray Blas, déjeme ese sermón para entretenerme, y no hay que perder tiempo, que se va haciendo tarde.

22. Por mal de sus pecados, al querer levantarse de la mesa el bueno del mayordomo, no pudo; porque le pesaba más la cabeza, que lo restante del cuerpo. Era el caso, que mientras el celoso Fray Prudencio había estado tan enardecido predicando contra los predicadores, que perdían néciamente el tiempo en hacerse cargo de ridículas circunstancias, el tío Bastian no le había perdido, y menudeando los tragos, que todos eran de á fólio, el vino hizo su oficio; y cuando quiso ponerse en pié, cayó entre la mesa y el banco, teniendo la desgracia de tropezar con la cabeza en la esquina de éste, y se hizo una herida, que parecía una espita. No hubo más reme-

dio, que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso, que á lo ménos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y Fray Gerundio, y temia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos; y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal dimoño que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la Granja; y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos, que consultar en secreto con su Reverendísima.

CAPÍTULO II.

SALENSE A PASEAR FRAY BLAS Y FRAY GERUNDIO, Y DE LAS RIDÍCULAS REGLAS PARA PREDICAR, QUE LE DIÓ AQUEL CON TODOS SUS CINCO SENTIDOS.

ELLOS que no deseaban otra cosa, sin aguardar á más razones, toman los báculos, y los sombreros, y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la Granja, hasta muy entrada la noche. Quiso ánte todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido Sabatino el sermon, que habia de predicar á Santa Orosia, y le llevaba en el pecho, entre el coletillo y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones más á su gusto que habia compuesto hasta entónces. Pero Fray Gerundio le dijo, que para leer el sermon ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no querria que se le olvidasen: especialmente, que como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo, Espetóle toda la conversacion, que habia tenido por la mañana con el padre maestro, lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo ménos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los Santos Padres, y á falta de ésta el modo de suplirla con la